

Cómo se gesta un “manual de descolonización”

Disney desde una perspectiva tercermundista

En el verano de 1971, en pleno fervor revolucionario, dos intelectuales que veían al Chile de Allende como su patria escriben un ensayo, *Para leer al Pato Donald*, que recorrerá el mundo con su análisis atrevido e irreverente. Estos jóvenes, Ariel Dorfman y Armand Mattelart, ponen un dedo en la llaga de lo aparentemente inocente. Como dice Hector Schmucler en el prólogo a la edición española (Siglo XXI, 1998, 34ª ed.) “la aparición de un estudio sobre el pato Donald y la línea de personajes producidos por Disney, viene a perturbar una región postulada como indiscutible; algo así como querer analizar críticamente la belleza de un atardecer”.

Ariel Dorfman, de nacionalidad chilena, nació en Buenos Aires en 1942, después vivió su infancia en Nueva York y emigró en su juventud a Chile. Conocedor del exilio desde su infancia, actualmente reside en Estados Unidos, donde es catedrático de la Universidad de Duke, en Carolina del Norte. Ha cultivado la poesía, la novela, el ensayo y el teatro. En este último género destaca *La muerte y la doncella*, montada en más de noventa países y adaptada al cine por Roman Polanski (con Sigourney Weaver y Ben Kingsley).

Gracias a la gentileza del autor, a través de su agente literaria en España Raquel de la Concha, publicamos aquí un fragmento de sus memorias, *Rumbo al Sur, deseando el Norte* (Planeta, 1998), en donde nos cuenta cómo se gestó *Para leer al Pato Donald*.

Ariel Dorfman. Escritor

El libro en que confundí mi propio viaje con el épico viaje de descubrimiento del pueblo chileno, se produjo como una respuesta a una duda sobre desarrollo cultural que me había estado molestando desde varios años antes de que Allende ganara la presidencia.

Nuestra estrategia para alcanzar la independencia nacional no tomaba en cuenta, yo pensaba, que el dominio extranjero que deplorábamos se ejercía en otros campos además del económico. De la misma manera que importábamos casi toda nuestra tecnología avanzada desde el exterior, como nunca habíamos producido automóviles propios ni nuestros propios detergentes ni un sector electrónico, un similar sometimiento existía en los productos culturales masivos, los filmes, la televisión, las historietas, las canciones, los avisos comerciales, casi todos originados en los Estados Unidos o manufacturados nacionalmente sobre un modelo norteamericano. La falta de autonomía de Chile y su debilidad como nación se explicaba tanto por nuestra falta de control sobre esos mensajes masivos como por el hecho de que las compañías telefónicas pertenecían a corporaciones internacionales.

Era en esas historias importadas donde nuestros ciudadanos aprendían a soñar sus vidas de una manera pasiva: eliminando la confrontación, castigando la rebelión, ridiculizando la solidaridad, caricaturizando el pensamiento crítico y reduciendo los conflictos sociales a encrucijadas psicológicas de fácil resolución.

Antes de 1970, mis inquietudes acerca de esta forma de dominación cultural se manifestaron de un modo principalmente teórico: me dediqué a analizar los comics y las series de televisión en unos seminarios universitarios con métodos prestados de la crítica literaria. Ir más allá de ese examen intelectual era imposible. No había cómo modificar mensajes que, de hecho, estaban creados y distribuidos por corporaciones cuyo interés era ganar dinero y mantener el orden social.

Con la victoria de Allende, cambió decisivamente la situación: las que habían sido elaboraciones universitarias especulativas cobraron urgencia política y práctica inmediata. Por primera vez en la historia de Chile, las fuerzas rebeldes de izquierda tenían a su disposición medios de comunicación masivos: radio, televisión, estudios de cine, grabadoras de discos, empresas edi-